

BIOGRAFIA

DEL

Dr. José Eleuterio González.

.....El hombre benéfico que por cuantos caminos puede, y principalmente con su saber, va haciendo bien por donde pasa, es el mejor de los ciudadanos, es el hombre eminentemente social, cumple bien con su deber, se concilia el amor y el respeto de sus hermanos; y sobre todo siente la satisfacción interior, el inefable gozo y la deliciosa expansión del ánimo que siguen siempre á una buena obra.

JOSE ELEUTERIO GONZALEZ.

Los talentos y las grandes virtudes atraerán sobre el hombre el respeto y la veneración.

Lord Chesterfield.

I.

Reflexiones.



Hemos pasado la vista por la brillante obra de Condorcet sobre progresos del entendimiento, ¡con cuanto asombro no quedamos sorprendidos al contemplar la enorme distancia que media entre aquellos

tiempos, en que el hombre atendía á sus necesidades con solo vagar por los campos, y ahora, en que esas necesidades centuplicadas, por decirlo así, exigen más trabajos y atenciones; en suma, entre el hombre salvaje, y el hombre sabio, entre la ignorancia y la ciencia! Dos palabras que implican nada menos que guerras, conquistas, asolamientos, incendios, despotismos, opresión, esclavitud, miseria, teorías, invenciones, leyes, elocuencia, filosofía, religión, libertad y progreso.

¡Que la humanidad para conseguir, ó mejor dicho, para vislumbrar el perfeccionamiento moral del hombre, haya tenido que sufrir tantas amarguras y penalidades! Tal ha sucedido, porque era necesario que la revolución de las ideas, móviles del ser inteligente, engendrara el movimiento en las naciones. Y para examinar esa revolución bienhechora del pensamiento, para saber su origen, sus razones, sus trascendencias, es necesario conocer al hombre de cuyo cerebro ha brotado. El hombre no es, como dice Hobbes, *lobo del hombre*, *homo lupus hominis*, máxima bárbara y sarcasmo de la moral: el hombre es maestro del hombre, es la ley del hombre, según Grocio, porque sólo él puede enseñarlo; y así vemos que los antiguos filósofos iban á otros países á buscar la ciencia, procurando siquiera el trato con personas tenidas al menos por doctas.

Los sabios de Grecia tuvieron á los sacerdotes de Egipto como sus maestros, y ninguno de sus filósofos se consideraba grande, sino hasta despues de haber bañado, por decirlo así, su inteligencia con la agua lustral de la discusión con los misteriosos ministros del viejo templo de Isis y de Osiris. Allí se conservaban con veneración profunda los libros de Hermes, vistos como sagrados, y los cuales sin disputa forman las páginas más antiguas del entendimiento humano. "Del Egipto, dice el Dr. González en su Noticia histórica de la Anatomía, pasaron las ciencias poco á poco á las demás naciones, y sobre todo á la Grecia."

¿Y cómo se podría palpar el paulatino y creciente desarrollo de tal ó cual ciencia, de tal ó cual arte, si no nos ocupamos de la vida del que ha contribuido para su adelanto? Todas las ciencias tienen un punto de contacto, han dicho Bacon y el más insigne de los oradores, y aquel que desee sorprender ese enlace misterioso; que anhele profundizarse medianamente en el encadenamiento de los conocimientos, debe sin duda atender á los desvelos de quien contribuyó á formar un eslabón, el que, en virtud de ese prodigioso enlace, redundará en el afianzamiento, en el progreso de las demás. Las ciencias son hermanas: hijas de la necesidad del hombre tienden á satisfacerla, haciéndolo con su poderoso auxilio el dueño del mundo, el rey de sus criaturas.

Y aquel que, en los ilimitados campos de la investigación, ha encontrado una fórmula que, concretando una serie de leyes especulativas, dá con ella al poderoso brazo de la práctica un elemento más con que dominar la materia; ese en el curso de los siglos marca una etapa en la perfectibilidad del hombre. El hombre desde su origen no ha venido descendiendo, como se empeña en sostenerlo cierta escuela; sino, al contrario, ha venido peldaño por peldaño afirmándose en la escala de su perfección, conquistando ideas y sentimientos que, aunque empeece al insigne autor del Contrato social, han puesto en su mano la palma de una civilización, que apenas si fué columbrada por los más grandes pensadores de la antigüedad. Ha llegado una época para los pueblos en que permanecer estacionario, equivale á retroceder.

Y por eso la vida de los sabios no interesa á un sólo hombre, ni á una familia, y ni á un sólo pueblo; sino á la humanidad, cuyos pasos en el progreso débense á sus resvelos, á sus investigaciones y á sus descubrimientos.



II.

Su nacimiento.—Sus estudios.—Su venida á Monterrey.

Por nadie se nos podrá negar que en nuestra joven Patria, que marcha triunfante al porvenir, hay de esos hombres eminentes, cuyas ocupaciones todas, cuyos afanes y conocimientos tienen por único objeto el bien de sus semejantes, al dar á luz las producciones de sus raros y fecundos genios.

Uno de esos hombres es el Dr. D. José Eleuterio González.

Nació en Guadalajara, capital del Estado de Jalisco, una de las poblaciones de la República, el 20 de Febrero de 1813. Fué hijo legítimo, y menor que su única hermana Doña Josefa, del Capitan de milicias D. Matías González y Doña María Ana Mendoza, personas de excelentes cualidades y de muy buena aceptación entre las familias más acomodadas de aquella ciudad. Al año y medio de nacido le arrebató la muerte á su padre, siendo tal acontecimiento demasiado desconsolador para la Sra. Mendoza. Pero esta Señora, gracias al cielo, halló en el eminente Lic. D. Rafael del mismo apellido, su tío paterno, una protección y amparo que verdaderamente endulzó un tan-

to la amargura de que la había llenado la pérdida que acababa de sufrir. En efecto, el Lic. Mendoza tuvo para con la familia de su sobrina todos los cuidados, todos los desvelos y todas las atenciones propias del padre más solícito y vigilante. Debido á esto, fué como el niño González, su sobrino y ahijado de pila, á los doce años de edad, pisó las aulas del Colegio Seminario de aquella capital.

Sus maestros de latinidad, presbíteros D. Rafael Tovar y el Sr. Barajas, que despues fué digno Obispo de San Luis Potosí, miraban en González brillantes dotes para llegar á ser, no ya un muchacho de provecho, como vulgarmente se dice, sino un sabio. En los exámenes que sustentó dió pruebas de su genio en lo acertado de sus respuestas y en la sensatez y vivacidad que lo caracterizaban. Cursó filosofía y retórica en el Instituto literario, que substituyó á la antigua Universidad, adquiriendo con ambos estudios el modo de reflexionar templado, profundo y certero que mostró en los actos todos de la vida.

El Lic. Mendoza, que era de vasta instrucción, talento y experiencia, se propuso, desde que lo dedicó á las letras, adivinar sus inclinaciones. Y al efecto, por vía de paseo y de diversión, lo llevaba á las oficinas, á los talleres y hospitales. No tardó en conocer lo que vivamente deseaba. Vió en su sobrino cierta y manifiesta disposición á las ciencias

naturales, un amor entrañable á la humanidad, una memoria muy feliz, y aunque falleció, cuando apenas su ahijado cursaba gramática, le aconsejó en sus últimos instantes que se dedicara á la medicina. ¡Digno ejemplo de ser imitado, porque nada se presenta más interesante y trascendental para un joven, que se dedica á las letras, que la elección precisamente de la carrera á que le inclinan sus disposiciones naturales! El Lic. Mendoza sabía perfectamente la máxima de Hipócrates de que todo es inútil cuando se quiere forzar la naturaleza; y González, siguiendo sus propios deseos, y obedeciendo á la vez tan respetable mandato, abrazó sin titubear y con asiduidad y empeño el estudio de la medicina. "Arte sublime, como él dijo en su discurso de 1863, que deriva sus deberes de las leyes más santas de la religión y de la filantropía, que tiene en su mano nada menos que el inmenso poder de la naturaleza benéfica, y cuyo objeto único y exclusivo es derramar á manos llenas el bien por todas partes."

Comenzó en Guadalajara aquel estudio que vino á concluir á los veinte años de su nacimiento en San Luis Potosí. En esta ciudad se captó, no solo el aprecio, sino la admiración por su vasta é infalible memoria y su erudición ya notable.

Sin graduarse se dirigió á Monterrey, capital de Nuevo-León, á donde llegó el 18 de Diciembre de 1833, cuyo punto había de formar el teatro de sus acciones, y cuyos habitantes habían de honrarse con vivir con él en un mismo pueblo.

— Sin título alguno estuvo ejerciendo su profesión siempre con éxito y con aprobación de los que componían el cuerpo médico. Nimiiedades quizá no le dejaron solicitar su examen, nimiedades que, bien pudo calificar de infundadas, atendiendo á la aceptación que se le dispensó muy benévolamente en todas las clases, á su numerosa clientela y á los brillantes resultados de sus curaciones; aceptación que fué claramente manifestada por el cariño que de todos se grangeó cuando, desde el anciano hasta el niño que comienza á balbucear, le llamaban *Gonzalitos*, por cuyo nombre fué y será sin duda generalmente conocido. El pueblo no se equivoca, y cuando trata de recompensar los méritos del hombre laborioso, cuyos desvelos redundan en beneficio público; cuando, aunque sea en parte, se propone explicar su gratitud; de todos los que le forman brota espontáneamente una palabra, una voz, emblema de su agradecimiento y de la veneración que rinde á la sabiduría, al mérito y á la virtud. ¿Y qué importa que en lugar de esa palabra insignificante no tenga una *violeta de oro*, como en los juegos florales de la edad media, ó cualquier otro premio como en los certámenes literarios de la sábia Grecia?

— En nuestros tiempos vasta al hombre, que se ha empeñado en el bien de la sociedad, una palabra de cariño, de gratitud, porque ella puede ser el mejor timbre de gloria, la más brillante hoja de servicios, como suele decirse, y el himno más entusiasta de alabanza. —

¿Pero por qué, se dirá, dejó el suelo de su cuna? Las súplicas del Illmo. Sr. D. Fray José María de Jesús Belaunzarán y Ureña,—relativas á que se encargase del hospital que entonces había en Monterrey, llamado de Nuestra Señora del Rosario, y que estuvo en la casa conocida por “El Colegio de niñas”—, lo persuadieron á seguir viviendo en esta bella población, en la que había sido recibido con el más cordial aprecio.

— Por otra parte; para satisfacer un vivo deseo de instrucción, que se adquiere más bien con el continuo trato de los libros que con el de los hombres; para dedicarse con provecho al estudio, sin que vengan á turbar nuestras horas de meditación las revueltas más consecutivas en el centro de una nación, que en las ciudades exteriores; no cabe duda que es mas á propósito un lugar de estos últimos. Sea dicho esto con perdón del venerable Plutarco, que, al escribir las vidas de Demóstenes y Cicerón, quejábase de vivir en Queronea, pueblo corto, en que no tenía copia de libros en que satisfacer su deseo de instruirse, y preguntar sobre cosas ocultas á los escritores, pero manifestadas á la tradición en una ciudad populosa.

La condición en que se halló el joven González, á consecuencia de la pérdida de su respetable tío el Sr. Lic. Mendoza, cuando cursaba apenas gramática, hizo probar mortificaciones á un corazón como el suyo, en que ya se bosquejaba, como principio de conducta en toda su vida, el ser útil á todos, pero gravoso á nadie.

Su hermana se hallaba enlazada con el Sr. Lic. Félix Perez Maldonado y con bastante familia. Simple estudiante como era el joven González no podía concurrir á los gastos domésticos, y su extrema delicadeza, excitada por semejante causa, fué la que lo impulsó á salir, á abandonar su pueblo. ¡Feliz momento el en que aquel joven, trayendo un gran porvenir en su cerebro, resolvió venir á fijar sus lares en la entonces exigua Monterrey! El ilustrado Jalisco perdía únicamente un joven y Nuevo-León adquiría, nó un vecino, sino propiamente un hijo, que debería en no lejanos días ser su mejor ornamento, su orgullo, su gloria.

El destino trajo un angel tutelar para los habitantes de esta ciudad en aquel joven, en aquel huérfano que llegaba casi sin conocer á nadie. El feroz cólera *morbis* batía sus negras alas sobre Monterrey y en todo Nuevo-León. La Monterrey de entonces no era, como debe suponerse, la de hoy. Ignorantes sus autoridades hasta de los más vulgares elementos de

higiene pública, asombrábanse del espantoso número de víctimas que caían al certero golpe de la atroz plaga. No sabían que el magnífico vertiente que brota en el corazón de la ciudad, contribuía con las exhalaciones de sus remansos y charcos á recrudecer cualquiera afección morbosa. Allí se anidaba la paludiana; allí el elemento que hacía cortejo seguro al voraz hijo del Ganges, que en aquel año 1833, desplegó una saña tal en nuestro suelo, que aquella epidemia es conocida entre nosotros con el calificativo de *cólera grande*, y sirve aún á los campesinos ancianos como época para punto de referencia en sus narraciones.

El joven que llegaba, trayendo en su corazón un tesoro de sentimientos y en su espíritu la buena voluntad y la firme decisión de entregarse á la práctica de la humanitaria ciencia que había abrazado, encontró desde luego un ámpleo campo en que desarrollar sus nobles inclinaciones de realizar el bién, cumpliendo en cada instante con el mandato evangélico: ama á tu prójimo como á tí mismo.

El querer es poder para ciertos hombres. El pasante de medicina, en cuyo apacible y magestuoso rostro resplandecía la bondad; por cuyos labios derramábanse á torrentes palabras festivas, que por sí solas eran un lenitivo para las dolencias; en cuyos ojos asomaba la irradiación de una alma creadora y á la vez práctica, elemento esencial para ejercer con

éxito la medicina, que puede considerarse el arte de las artes; el joven que venía como huésped al Estado en que, en aquel tiempo, la ciencia de Hipócrates era casi un conjunto de principios empíricos, no habiendo fuera de esta ciudad, sino en la de Montemorelos el caritativo sacerdote D. Diego de Mendivil, que ejercía la medicina desde 1819 (falleció en 1851); ese joven lleno de vida, ejemplo de desinterés, activo, laborioso y sabio, comenzó, poco después de haber principiado á prodigar sus cuidados, sus solícitos desvelos á la clase menesterosa, á oírse llamar *Gonzalitos*. Esa palabra, símbolo de la gratitud de un pueblo, en las alas de la tradición ha sido transmitida hasta hoy, durante 50 años, aunque no fué esculpida ni en mármoles y ni en bronces. Solo al descender á la tumba quien la mereció en vida, fué puesta en el frontispicio del Hospital, que había fundado, queriendo así sus discípulos grabar allí la página en que la escribió la aclamación de cuatro generaciones.

Y puede decirse que aquel, á quien tan afectuosamente se llamaba con ese diminutivo, no era conocido con otro nombre. Una vez recientemente venido yo al Colegio (1860) oí hablar de un Dr. González, y preguntando quien era, me asombré de que se dijera que era Gonzalitos. Yo, hijo de un pueblo, aprendí desde mi infancia ese bendito nombre de los labios de mis padres, y lo repetía

con cariño antes de conocer al egregio sabio! Después de que lo conocí, dábame hasta pena de que alguno le llamase González y aun hacía esfuerzo para comprender que á él se refería. ¿Cómo es posible, decíame, que no se trate con cariño á quien es tan benévolo y tan caritativo?

Feliz estuvo el joven González en haber electo para su residencia una población como era entonces Monterrey. Si no ganaba en brillo, ganaba en solidez en sus estudios. Su carácter pacífico y perseverante, su convicción de ejercer como médico un sacerdocio en bien de la humanidad, hicieron arraigar en él una aplicación infatigable y una ardiente sed de saber.

Esos elementos, su asombrosa memoria y su gran talento le hicieron adquirir conocimientos nada superficiales sobre todas las ciencias.

Estudiaba día y noche. Jamás, ni al hacer sus visitas, se le vió desocupado. Recorriendo las calles, las plazas y los lugares más incómodos, no dejaba de leer. Todos lo que le miraban no le perturbaban, y diligentes y respetuosos le franqueaban el mejor paso. Nunca he oído que se le criticara por tal acción, que en otro podría juzgarse como un rasgo de necia petulancia. ¡Tal es el ascendiente del mérito y de la virtud! Y solo con esa asiduidad perpetua, con ese empeño incansable, es